

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 25 DE JUNIO DE 1922

NUM. 19.780

UN AMIGO DE MADRID

EL HOMBRE QUE TRAJÓ UN RÍO

Este varón de rasurada faz, cuya effigie preside la glorieta de Bilbao en la estatua labrada por Miguel Angel Trilles, donde aparece el ilustre prócer en la incorrecta actitud de rascarse el abdomen por dentro del pantalón, fué un buen amigo de Madrid.

Podrá discutirse como político y recordar que fracasó su programa de las economías, harto difíciles en aquella época de los disparatados dispendios, que fueron gran parte de las causas de la irritación popular que acabó manifestándose en la revolución del 54. Podrá hacerse memoria de cómo en 1851 quiso dar el golpe de Estado, ya que otro había acontecido con éxito en Francia, y realizar así su aspiración de abolir el sistema constitucional, volviendo al poder absoluto de la corona. Y habrá que tener en cuenta, haciendo el balance de sus defectos y de sus virtudes como gobernante, que deseó sobre todo la preponderancia del poder civil, detalle de gran importancia en aquella época donde los Consejos de ministros eran presididos casi siempre por militares, y lo mismo en cada capitán general de una región que en el último sargento de una guarnición se hallaba el constante peligro del pronunciamiento y de la cuartelada.

Este aspecto de Bravo Murillo merece, sin embargo, una recordación. En el Gabinete que él presidía era ministro de la Guerra el conde de Mirasol, excelente soldado, pero muy apasionado en su criterio militar desde el Gobierno, donde se discrepaba de su manera de pensar en algunos asuntos. El 6 de febrero de 1851, Mirasol presentó la dimisión de su cargo, e inmediatamente Bravo Murillo presentó en Palacio, donde la reina daba aquella noche un baile de familia. En plena fiesta, el presidente retiróse a conferenciar con la reina, haciéndola saber la conveniencia de que el nuevo ministro fuese el mariscal de campo Lersundi, y de que jurase inmediatamente.

Poco después, presentábase el ministro de la Gobernación, don Fermín Arteta, en casa de Lersundi, que se hallaba a aquellas horas recogido y durmiendo, y le despertó con la noticia de su exaltación al Ministerio, incitándole a que se pusiera el uniforme y acudiese a Palacio. Llegados a la residencia regia, la reina pasó del salón de baile al oratorio, y el nuevo ministro de la Guerra prestó su juramento.

La brevedad y energía con que Bravo Murillo había resuelto la crisis, no llamó tanto la atención en el Ejército como el hecho de que fuera designada la persona de un militar joven, prescindiendo-

se de los generales más conocidos y de superior categoría. Reuniéronse los directores de las Armas, y nombraron juntas que manifestaban su disconformidad con el político que presidía el Gobierno y discutían las determinaciones de la corona. Acudieron en comisión a

hubiese dado ocasión a grandes desabrimientos, de los que debía librarse al reposo del ministro y al prestigio del trono.

Bravo Murillo, aquel hijo de Extremadura que fué tan excelente madrileño, lleva particularmente unido su recuerdo a tres momentos muy diversos

se denominaba al gobernador civil, quien se puso de acuerdo con el alcalde, marqués de Santa Cruz, y fué redactado un bando prohibiendo aquel esparcimiento popular.

Don Pascual Madoz, que tuvo noticia de la determinación municipal, habló oportunamente de ello en el Congreso como un atentado a la libertad, y consiguió que Bravo Murillo declarase solemnemente en la Cámara que habría entierro de la sardina, declaración que se hacía al mismo tiempo que era fijado en las esquinas el bando prohibitorio. Por la noche, habló al alcalde, y le hizo saber la necesidad de que derogase aquella disposición. Dimitieron el marqués de Santa Cruz y el conde de Revillagigedo, y se celebró el tradicional holgorio en el Canal. He aquí cómo, ante el ruego de un diputado liberal en el Parlamento y ante el deseo popular en las calles, transigió el gobernante que en otros asuntos no cedió ante la imposición militar.

Era Bravo Murillo presidente del Consejo cuando, el 2 de febrero de 1852, atentó el cura Merino contra Isabel II en las galerías de Palacio. Y él fué quien con el ministro de Gracia y Justicia, don Ventura González Romero, acudió a interrogarle en la sala de alabarderos, donde el autor del frustrado regicidio permanecía detenido, y quien le hizo saber que la reina no había muerto. Con ocasión de aquel suceso, aparece el hecho más lamentable de la historia de Bravo Murillo. El de haber sancionado que, después de ajusticiado el reo en el Campo de Guardias, se procediese en el patio del Cementerio general del Norte a un ensañamiento tan lejano de toda práctica cristiana y civilizada como el de quemar el cadáver y aventar sus cenizas.

Es tan varia la vida de ese hombre, que al lado de actos reprobables pueden citarse otros merecedores de las más altas alabanzas. Bravo Murillo es el gran bienhechor de Madrid, que, siendo ministro de Fomento, proporcionó a la capital de España el gran beneficio de determinar la traida del Lozoya, y, siendo presidente del Consejo, vió comenzar las obras de la presa del Pontón de la Oliva, el 11 de agosto de 1851.

Aparte de los diferentes proyectos de canales y regadío que desde tiempo de don Juan II se habían intentado para Madrid, llegó, en el siglo XIX, a hacerse inaplazable el menester de dar a la villa la cantidad de agua potable y para otros usos que requería su población, cada vez en aumento, y a la que no eran suficientes los manantiales y los viajes que la



BOCETO DEL RETRATO DE D. JUAN BRAVO MURILLO, POR BENJUMEA, QUE EXISTE EN EL AYUNTAMIENTO DE MADRID.—(COLECCIÓN CASA-TORRES)

complimentar al nuevo ministro y exponer al mismo tiempo sus opiniones. Lersundi les recibió con una gran dignidad, y adelantándoseles en su discurso, hizo de tal manera, que los comisionados se vieron obligados a responder que siempre habían estado resueltos a obedecer las resoluciones soberanas. Terminada la ceremonia, el ministro les dijo particularmente que celebraba que no se

de la historia de Madrid. Uno es francamente pintoresco: el del intento de abolición del famoso «entierro de la sardina». Fué al ministro de la Gobernación, Arteta, a quien se le ocurrió la supresión de aquella fiesta, porque consideraba irreverente su celebración en el primer día de Cuaresma, y así se lo manifestó al conde de Revillagigedo, jefe político de Madrid, que era como entonces

abastecieron hasta entonces. Después de algunos estudios para remediar este mal, como el de don Mariano Vallejo en 1819, el del ingeniero Croquet en 1822 y el de don Francisco Barra en 1829, todos ellos tan diversos que acabaron por traer la confusión a este asunto, fué en el año 1848 cuando don Juan Merlo y don Juan de Rivera, a quienes se les había encargado que estudiasen todas las modificaciones posibles en el proyecto de Barra, que se refería al aprovechamiento del agua del Manzanares, publicaron una Memoria en que se demostraba la posibilidad de traer el agua del Lozoya a Madrid por medio de un canal.

En 1851, se mandó proceder a las obras necesarias, admitiendo la participación del Ayuntamiento y de los particulares

en la empresa. Varias fueron las vicisitudes de la obra comenzada en la fecha ya citada del año mencionado, paralizándose los trabajos el año 1854 y reanudándose por la ley de las Cortes de 1854, que resolvió financieramente el asunto. En ese año, el ingeniero Lucio del Valle tuvo que luchar con el inconveniente de tener que atajar el agua que brotaba a unos cincuenta pies más abajo de la presa del Pontón de la Oliva, inconveniente que se había presentado en octubre del año anterior, y en 1856 habíase conseguido atajar el daño y que las aguas retrocedieran al embalse.

Finalmente, llegó el memorable día. El 24 de junio de 1858 se celebró la traída de aguas del Lozoya, cuyas aguas brotaron del surtidor de la fuente emplazada

en la calle Ancha de San Bernardo, frente a las Salesas Nuevas. Fuente que luego estuvo en la Puerta del Sol y ahora se halla en la glorieta de los Cuatro Caminos. Eugenio Lucas pintó en uno de sus más bellos y menos conocidos cuadros la escena de la fontana iluminada y la muchedumbre abigarrada y rica de color que se congregaba en torno. Por cierto que es fama que el día en que se festejaba la llegada del Lozoya a Madrid, presencié el festejo, confundido entre la multitud, el propio don Juan Bravo Murillo, que no había recibido invitación oficial para aquel acto.

Había vuelto de la emigración adonde se vió en la precisión de partir cuando estalló la revolución del año 1854; pero ya no volvió a gozar de su anterior

importancia, aunque no abandonó la política, siguiendo con asiento en las Cortes y conservando su labor fiscalizadora hasta el último instante, pues poco tiempo antes de morir había publicado una crítica del presupuesto de 1872.

Era como si ya no hubiese tenido altos destinos que cumplir, después de haber visto, como purificación de todas las horas de su vida en un agua que para él era lustral, que su misión estaba cumplida con haber sido el hombre que realizó la maravilla, digna de la magia más bella, de haber desviado a un río de su curso, para que todos los días desapareciera en las fauces sedientas de una gran ciudad.

Pedro de REPIDE

IMPRESIONES DE UN LECTOR

I Divagación sobre el «modo trágico»

QUIERO comentar hoy la última novela de un escritor profundamente pesimista. Entiende la novela al modo trágico, y todos sus asuntos vienen a ser temas nativos de tragedia vertidos en la forma extensiva de la novela. Pero yo creo (apartándome de la creencia corriente) que la tragedia es un género optimista, porque es el sentimiento religioso transfundido en símbolo o representación ante el Pueblo, ante la Ciudad; y encarna aquel principio de virtud, paralela a la fe y común a todas las religiones, que es la esperanza, la confianza en las propias fuerzas o, si se quiere, la fe en sí mismo, para vencer a los dioses hostiles y a las fuerzas enemigas. Toda tragedia envuelve una victoria, material o espiritual.

Se dirá que el romanticismo (sobre todo el de origen céltico, más que el de origen germánico) alteró radicalmente esa ley trágica, aportando los mitos en que la Muerte obtenía la victoria final y era coronada en «triumfo». Pero es indudable que aun en esas catástrofes, en que la Humanidad sufría su Pasión sin ningún contragolpe triunfal de Resurrección, la Muerte adquiría un trasunto de unión suprema en el Amor, ofreciendo a los amantes un refugio en una región inasequible a la asechancia de la materia y de los hombres.

Por lo demás, los temas del romanticismo, desde sus orígenes, se nos aparecen como versiones corrompidas de los eternos temas trágicos, del mismo modo que las tragedias de la decadencia griega, desde Eurípides, fueron corrupciones de los antiguos temas épicos. Otras veces, la tragedia romántica es la dramatización de algún tema novelesco de la misma decadencia helénica, influida por el Oriente; como, por ejemplo, el tema de Hero y Leandro, o el de Piramo y Tisbe, que tanto obsesionó a Shakespeare, y que parece ser la forma clásica del más conocido de los temas románticos: el del connubio de Amor y Muerte, germen de tantas versiones diversas acomodadas a la naturaleza de cada país, desde la de Romeo y Julieta a la de Inés de Castro, y desde la de Diego Mañilla e Isabel Segura a la de Tristán e Iseo. Toda la ópera anterior a Wagner, y aun en cierto modo la de Wagner, es un vasto yacimiento de esa decadencia trágica. El gran mérito de Wagner estriba en haber devuelto su sentido religioso a la tragedia, aplicándolo a los temas germanos y celtas, que no habían sido vertidos to-

avía en los moldes de la tragedia; y en haber devuelto también a la comedia todo su valor civil, en *Los Maestros Cantores*.

*

La tragedia romántica envuelve un desequilibrio entre los valores trágicos originales, porque hizo predominar lo patético sobre lo energético, la pasión sobre la acción, disolviendo, además, todo el sentido mítico o trascendental. Quiero explicar esta afirmación, que acaso parezca a mis lectores un poco abstrusa. En la tragedia hay tres valores fundamentales, que pueden designarse—pédonese la inevitable pedantería—por tres fórmulas griegas: el *epos*, el *pathos* y el *mythos*. El primero es la acción; el segundo, la pasión; el tercero, la intención o trascendencia, o sea el símbolo. El primero es elemento volitivo; el segundo, sentimental; el tercero, intelectual. En su evolución, cada uno de esos valores se ha plasmado en un género poético: el primero ha creado la Epica; el segundo, la Lírica; el tercero, la Dramática y, también, la Religión, con todas sus derivaciones de cohesión humana (*religare*), o sea con todas sus equivalencias patrióticas, políticas. Y cada uno de aquellos valores viene a ser, respectivamente, el reflejo de una de las tres virtualidades religiosas fundamentales: la Fe, el Amor, la Confianza en la Inmortalidad.

Pues bien: la tragedia romántica es una hipertrofia de ese elemento que hemos designado sucesivamente como patético, sentimental, lírico y amoroso, a expensas de los otros dos. El sentido de mito, de trascendencia, se alteró hasta el punto de formarse un mito opuesto, en que triunfó el pesimismo. La idea de fatalidad, el *Fatum*, que en la tragedia clásica pura era vencible, adquirió léxicamente una sinonimia de dolor y muerte. Sería curioso analizar el proceso psicológico por el cual otras palabras clásicas fueron adquiriendo una acepción exclusivamente negra: *hecatombe*, *catástrofe*, *sacrificio*, la misma palabra *tragedia*...

II La Muerte Nueva.

Perdónenme los lectores esa larga y acaso enfadosa divagación. ¿Qué me la ha sugerido? La lectura de la última novela de Hernández Catá, *La Muerte Nueva*. El autor ha querido verter en el molde novelesco el tema de la *Orestíada*; más directamente, el de *Hamlet*. Unas palabras liminares anuncian ese tema, como *leitmotiv* del protagonista: «Príncipe Hamlet, cuántos hijos tienen algo peor que incestos por vengar!» El asunto, pues, consiste en la amarga extinción del amor filial en un hijo cuyo padre material ha intentado matar en él toda herencia de espíritu, para reducirlo y acomodarlo al propio envilecimiento. En cuanto a la madre, es una mujer incapaz de ser otra cosa que madre, porque en ella la acción marital ha consumado la extinción del Espíritu, si es que jamás amó un alma en esa hembra instintiva y empírica, cuya bondad es un reflejo de su propia limitación.

¿Y Polonio? ¿Y Ofelia? Polonio, en esa novela, es un hombre de presa, luchador sin escrúpulos, que amontonó millones en una vida tenebrosa y áspera; especie de Pepe Cruz hiperbólico y recargado. ¡Lástima que se llame Jaime Urgell, deshonrando una homonimia histórica muy respetable! En cuanto a Ofelia, que aquí no es la hija de Polonio, sino su querida forzosa y sacrificial, es una de las tres musas del protagonista; una nueva encarnación de la mujer que mantiene su alma virgen sobre la corrupción de su cuerpo, como si se hubiese despertado a la vida de conciencia cuando ya la carne hubiera sufrido el estigma fatal. Otra Santa Isabel, no de Ceres, pero de sus aladaños espirituales... Y precisamente toda la acción espiritual de la novela se concentra en el amor de Ramiro—el Hamlet de la obra—y de Isabel; el verdadero *fatum* es la imposibilidad de libertar las alas angélicas de Isabel, retenidas en el barro de su vida inexorable. Amor y Muerte, en su dúo eterno, construyen su idilio en el seno de la tra-

gedia, como una guirnalda de víctima enlazada en la base de una columna de templo.

Hay otras dos mujeres en torno al protagonista, y al señalarlas quisiera transmitir al lector mi convicción de que esa tríada femenina es el mayor acierto de la obra, como creación de caracteres e infusión de humanidad en el barro modelado. Una de esas mujeres, Victoria, es la amorosa, puramente—o mejor, impuramente—carnal; ardiente Dalila ceñida al trono del héroe como inconsciente emisaria de las fuerzas ocultas obstinadas en debilitarlo, en acercar a sus labios el narcótico de la pasiva aceptación del mal. Y, de hecho, ¿no vemos en las manos de ese héroe fallido la invisible rueda de Onfalía? La ardorosa llega a usurpar en sus brazos las caricias destinadas a otra; y parece encarnar, en su cuerpo destinado a las apariencias matrimoniales de la honradez, la antítesis de la virgen de espíritu, corrupta nada más que en su carne.

La otra mujer, Teresa, acaso la más vivamente evocada, representa, para el protagonista, todas las posibilidades de felicidad en el amor estático y tranquilo, truncadas por la atracción irresistible del otro amor, turbulento y dinámico, fascinante por su propia imposibilidad.

Pero hay otro tipo en la novela: el viejo Abelardo, lejana reencarnación de Diógenes, o, si se quiere, de aquel Pelayo González que el propio autor nos pintó en una de sus primeras novelas, un poco a la manera de Jerónimo Coignard. Y el viejo Abelardo, verdadero padre espiritual del protagonista, nos sugiere la rehabilitación de la escuela cínica, cuya desvirtuación en el concepto vulgar estriba en razones meramente léxicas. En ese alto y puro «cinismo» (no temamos a la palabra) se refugia contra la vida, como en una *muerte nueva*, el héroe de la novela. Pero en esa renuncia late un pesimismo misantrópico y egoísta... No se olvide que de la escuela cínica nació la estoica, y que la tradición de los estoicos ha perfumado su pesimismo con un calor de afecto humanamente universal, tanto más fuerte, cuanto mayor haya sido la doma de la propia voluntad y la consagración de sí mismo a las normas objetivas del bien.

Y ahora quisiera poner aquí todos los elogios al estilo admirable que alcanza en esta obra Hernández Catá, y al sentido del interés creciente y anhelante de la lectura, y a la emanación lírica con que, perennemente, la personalidad del autor se cierne sobre su propia evocación de humanidad y vida.

Gabriel ALOMAR

Advertimos a los señores que nos honran con su colaboración espontánea, que «en ningún caso» nos es posible devolver los originales no solicitados ni mantener correspondencia acerca de ellos.

LA SOCIEDAD ESPAÑOLA
DE AMIGOS DEL ARTE

EXPOSICIÓN DE DIBUJOS

Todos los años, la benemérita Sociedad Española de Amigos del Arte nos ofrece una Exposición modelo en su género. La que acaba de organizar y está siendo ahora objeto de los mayores elogios por parte de los inteligentes y del público, en general, viene a subrayar y encarecer la importancia de los dibujos ejecutados entre 1750 y 1860 por artistas españoles o por artistas extranjeros que trabajaron en España. Poco más de un siglo, pues, revelado en un aspecto, dentro de nuestro arte, cuyo estudio puede decirse que empieza.

La labor realizada por la Sociedad Española de Amigos del Arte es, en punto a Exposiciones, lo mejor, sin disputa, que se ha hecho en Madrid durante estos últimos tiempos. Contando con los medios económicos suficientes y con personas capacitadas por razón de especializaciones, sabo dar espléndida fe de vida, anualmente, ilustrando algún capítulo de nuestra historia y exhibiendo abundantes ejemplares de los que la constituyen. Y si en materia de instalación presiden el buen gusto y aun el lujo, no cabe pedir más en cuanto a enseñanza y educación estética por medio de las obras. En suma, si hay algo en la villa y corte que coope-re a la depuración del ambiente artístico, ese algo es lo que aporta la citada Sociedad con productos de selección.

Componen la Comisión a la cual debemos que la Exposición de dibujos sea un triunfo en toda la línea los señores Boix, marqués de Valverde de la Sierra, Ezquerro del Bayo, Pérez Bueno y Velasco. Sus nombres son una garantía, y la autoridad de que gozan se basa, más que en respetables títulos oficiales, en la efectiva sabiduría.

Don Félix Boix, uno de los coleccionistas más prestigiosos, ha escrito el prólogo-introducción al catálogo, de que hablaremos en otro lugar, y a más de contribuir al certamen en concepto de expositor enviando verdaderas preciosidades, ha compartido con sus ilustres compañeros las tareas de organización y de clasificación; su juicio firme, por lo experimentado y documentadísimo, ha sido en ocasiones decisivo. El Sr. Boix, alma de la Exposición, como en varias de las pasadas lo fueron los Sres. Valverde de la Sierra y Ezquerro del Bayo, ha podido contar con el consejo y con la incansable actividad de ambos, lo mismo que con la amplia cultura de D. Luis Pérez Bueno y D. Miguel Velasco, catedrático el uno, archivero arqueólogo el otro y hombres de exquisito gusto los dos. Jamás una Comisión gestora se ha integrado mejor, por el raro acierto en la designación de sus individuos; cúmplenos felicitar a la Sociedad que de la manera más cabal atiende a los legítimos intereses del arte.

La actual Exposición abarca más de una centuria, según hemos anotado. Aparte la genial figura de Goya, no corresponde, y así se indica en las primeras líneas del catálogo, a una época de florecimiento del arte pictórico en nuestro país. Era en cierto modo obligada la limitación, puesto que había de luchar con muchas dificultades para preparar la presentación completa de los dibujos de todos los maestros españoles anteriores a la segunda mitad del siglo XVIII. La crítica, que ha investigado bastante acerca de la pintura y de la escultura hasta fines del XVII, no se ha detenido en lo referente a los dibujos de aquéllos, que aparecen con frecuencia en museos y colecciones del reino o fuera de él, atribuidos con error, ya por

que era el celebrarla. Gentes indoctas y aun con presunciones de hallarse muy documentadas, no suelen percatarse de las bellas que cualquier buen dibujo encierra; si miran a los cuadros o a las estatuas, rara vez se interesan por los diseños preliminares en que los artistas fijaron los rasgos, vehículos de emoción y registradores de vida. El dibujo anecdótico y pintoresco, es llamativo de suyo; en cambio, el de un gran maestro, ajeno al virtuosismo del lápiz o de la pluma, puede ser, en su extremada simplificación, un prodigio de ciencia y una forma superior de hermosura. La percepción de los matices más delicados e íntimos; he aquí la aspiración de los espíritus selectos sobre la vulgaridad del común sentir. No son para las mayorías

conciencia, y si se nos apura, de la subconciencia, se nos abre de par en par para que asistamos al alumbramiento que en el cerebro del artista, para la función creadora de las más altas inmaterialidades, se verifica.

Pero existen diferentes tipos de dibujos. Además de los diseños, borradores o rasguños, que de las tres maneras se designan en los viejos tratados de arte, hay una clase en que se incluyen estudios de desnudos, cabezas, extremos y paños, elementos parciales para una composición, o cartones, dibujos cuadrículados con destino a una decoración, que ha de ser pintada en la tela o en el muro. Un grupo de dibujos, con carácter iconográfico, inapreciable para la documentación histórica; otro, con las impresiones de paisaje o

reminiscencias, en lenguaje gráfico, de sitios recordados; otro, con los arquitectónicos y ornamentales, etc., etc., la serie no se agota, así se empeñe el catedrático más amigo de las sinopsis.

1750-1860. Excluyendo a Goya, cuya obra, la más compleja dentro del arte español, se resiste a las clasificaciones, hemos de formar dos grandes grupos con los dibujos de la Exposición. En el primero, entran los de los artistas que florecieron en el siglo XVIII, influidos por los pintores extranjeros que pasaron por nuestro suelo desde la época de Carlos II hasta la de Carlos III; la influencia de Tiepolo, y con más intensidad la de Antonio Rafael Mengs, pesan y predominan sobre lo autóctono y nacional. El segundo grupo se separa del

precedente, y más que nada, por el revuelto período de la Guerra de la Independencia, y consideramos en él a los secuaces de Luis David, a los del clásico Ingres, a los románticos y a los costumbristas afectos al naturalismo de casta y sumisos al genio de Goya, el libertador, contra la tiranía de cánones, doctrinarios y rígidos, que en las escuelas se entronizaban, a la sombra de clasicismos desubstanciados en la entraña, más de aparentes estructuras, formalistas y pautados.

La división antedicha no ha de tomarse en absoluto ni al pie de la letra. Artistas hubo en que los dos grupos se enlazan, perteneciendo a una transición no siempre muy puntualizable.

Las figuras salientes de la Exposición de dibujos son las de los dos Tiepolo, Mengs, los González Velázquez, Camarón, Bayeu, Carmona, Maella, Paret, Carnicero, los arquitectos Ventura Rodríguez y Villanueva. Al lado de Goya, procede citar a Gálvez, Juliá, Ribelles, D. Vicente López, Madrazo, Alenza, Tejeo, Bécquer, Esquivel, Villaamil, Lucat y Lameyer. Al ocuparnos de la introducción al catálogo, mencionaremos a otros.

Ángeles VEGUE Y GOLDONI



CABEZAS CARICATURESCAS, POR GOYA, QUE FIGURAN EN LA EXPOSICIÓN DE DIBUJOS

estrechas semejanzas de técnica, ya por analogías de expresión, ya por responder a uniformes principios de escuela. En no pocos casos la confusión es inevitable.

Determinados dibujos han sido retirados por falta de espacio, a fin de que los visitantes no los vieran en desfavorables condiciones; la Comisión lo lamenta, y Monradamente lo declara.

Acostumbrados a las instalaciones suntuosas, pero nunca recargadas, con que ordena sus Exposiciones la Sociedad Española de Amigos del Arte, no sorprenderá el encomio; es de rigor. Hay que confesarlo: por el adorno de las salas para la reconstitución de un ambiente, creyérase que no se trata de tales Exposiciones, sino más bien de alguna rica mansión señorial, donde de antiguo se rinde culto al arte. No es el socorrido recurso de los tapices para fondo, ni el detalle improvisado lo que allí se advierte: el mobiliario, ajustado a la época de las obras y utilizado con sobriedad, hace que éstas luzcan, en lugar de mostrarse esquivas o indiferentes a la contemplación.

Cuando curioseamos en la Exposición de dibujos, comprendemos lo necesario

los dibujos y grabados, y, sin embargo, los consideramos como la piedra de toque que sirve para reconocer el grado de sensibilidad artística en cada individuo. Un mundo de secretos goce se oculta a la interrogación fácil tras las rayas esquemáticas de una idea o de un movimiento, asidos al vuelo en las rápidas operaciones del genio, o retenidos merced al esfuerzo perseverante del talento. La inspiración del instante, o el producto calculado y fruto de rectificaciones, tanto da; resumen el proceso creador; en el dibujo aislado, el tema inicial de una vasta obra se percibe en toda su pristina desnudez; las cabezas caricaturescas, por Goya, que ilustran estas líneas, nos dicen, con más claridad que los lienzos mismos del pintor aragonés, cómo la fantasía—el sueño de la razón—, en alas de lo cómico y de lo satírico, ha engendrado monstruos al calor de recargadas transposiciones de la realidad recordada o entrevista. Lo que se tomara por juegos caprichosos de la pluma, es proyección de estados mentales e intencionada traducción de la grotesca deformidad, y no la copia o el apunte del natural, im-pasible y objetivo, sin arrepentimientos ni descuidos sabrosos. La puerta de la

PRIMAVERA

En el Guadarrama

La Mujer Muerta le dicen a esa alta montaña que por tierra de Segovia parte en dos a España. En verdad, quien tal le puso, lo hizo a ciencia cierta, pues aparece a la vista como mujer muerta, mirando al cielo la cara, sobre el duro pecho cruzadas las manos, rígido el cuerpo en el lecho. Para que todo sea más grave y funerario, el invierno, con su nieve, le tiende un sudario, y por entre aquellos riscos se escucha el lamento que en la soledad del mundo lanza triste el viento.

Mas ya se deshacen las neves, vagando en el aire sutil, y surge una aguda armonía de tiernos balidos dentro del redil. Se reparte el bucólico son de áspera dulzaina y seco tamboril: lloran los cielos la lluvia de abril, tocan las campanas a Resurrección. El blanco sudario de la mujer muerta, en arroyos mansos se va deshaciendo, o en torrentes bravos hasta el hondo río, que por el barranco corre en busca del llano apacible, para hacerse claro, transparente, limpio, dulce, comprensible, y en suaves romances reflejar la vida, vestida de verde. El aire es un vuelo de pájaros; en los rayos del sol se columpian las hilas, y las mariposas escapan, temblando. Todo el bosque zumba poseído de un rumor alado; y en un claro que dejan los árboles se ve un claro de cielo tan claro, que parece cristal, y tan frágil, que los ojos lloran sólo de mirarlo; un cielo como una sonrisa de niña, velada de llanto. Luego, rompe a llover. Ya se desata la rauda catarata que de los ventisqueros traen las nubes, y los ríos rebasan los puentes y se salen de madre—hijos desobedientes—, y claman otra vez a Dios las gentes que antaño, suplicantes, pedían agua ante las secas fuentes.

Cuando al fin rompe el sol resplandeciente por entre los jirones de los cielos, surge la tierra violada, impura, encendida en ardor de calentura, «rasgados ya por el amor sus velos».

La Juventud, dentro del pecho, siente el arduo palpitante, hondo y caliente, del corazón valiente.

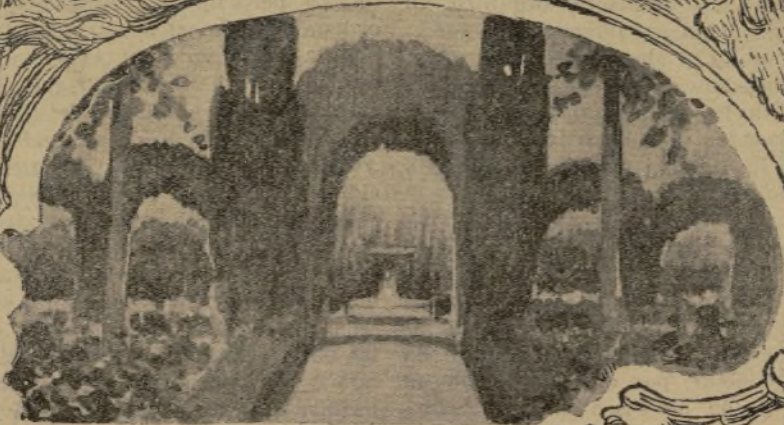
En Aranjuez

Tarde de otoño; las pálidas rosas, deshojándose al beso del viento; todas las cosas armonizan con un ritmo lento. Ya se va el día, sin dejar huella alguna su paso; Melancolía pinta azul y violeta el ocaso. ¿Despertarás a una luz nueva, jardín de Aranjuez? ¡Juventud, juventud! ¿Te me vas? ¿Dices adiós por última vez?

Mas, después, vuelve el tiempo andariego —¿quién fué quien dijo que el tiempo se pierde?—, encendiendo en el aire este fuego que pinta la tierra de verde. Ya en tus hondos parajes dormidos presta el sol, a través de las hojas, el calor por que pían los nidos que en los árboles graves alojas, isla lírica, edén de fragancia, ¡oh jardín encantado, que acoges la gracia de Francia, copiada en tus bojes, y que en nuestro seco páramo conservas las huellas y el eco del pasito breve de aquellas madamas que fueron a un tiempo Venus y Minervas bajo el verde toldo de esas mismas ramas! Ya Naturaleza, pródiga, reparte luces y colores, que luego resume la mano del Arte; ya los ruiseñores dan sus notas bellas a la noche, y bajan a las claras linfas del Tajo, a bañarse, las altas estrellas, y en el agua tiemblan cual desnudas ninfas. Ya el jardín, vestido con galas de fiesta, sólo espera que el sésamo se abra.

Y al despertar, Juventud, de una siesta de tantos inviernos, tendrás por piernas dos patas de cabra y apuntarán en tu frente dos cuernos.

C. RIVAS CHERIF.



POR QUÉ SE ENMENDÓ ELENITA

ELENITA era una niña muy traviesa; siempre estaba inventando diabluras: tiraba del rabo al perro, pisaba la cola al gato, asustaba al canario y entreteníase en pinchar al loro. Y, lo que es aún peor, hacía rabiar y daba de cachetes a sus hermanitos, a sus amigas y a las criadas; así es que nadie la quería.

Su pobre mamá, que era muy buena, padecía mucho observando sus malos instintos y estaba en continuo sobresalto, temiendo pudiese acaecerle alguna desgracia en sus correrías por el jardín, pues gustaba también de dar saltos, a veces peligrosos, subirse a los árboles y a la verja, jugar con todo lo que hallaba al alcance de su mano y golosear cuanto podía.

Ya veis, queridos lectorcitos, que Elenita era muy mala.

Recibía muchos castigos y continuas reprensiones; pero todo era inútil. De día en día era más revoltosa, a pesar de haber cumplido ya ocho años.

Sin embargo, aunque dicen que la cara es el espejo del alma, esto no se cumplía en Elenita, que, si tenía el alma de pequeña diablaja, poseía, en cambio, un lindo rostro de gracioso angelito de Murillo.

Andando, andando por un espeso bosque, encontrábase Elenita con una amplia plazoleta formada por altísimos árboles, cuyas ramas se entrelazaban formando caprichosos arcos de follaje. En el centro alzábase un trono muy hermoso, rodeado de graciosos escabeles.

Sintiéndose fatigada, resolvió sentarse un rato a descansar sobre el césped, y así lo hizo, mientras contemplaba, curiosa, el trono, pensando por qué estaría allí y para quién habríase destinado.

No tardó mucho tiempo en quedar satisfecha su curiosidad.

Con brillante cortejo de damas lujosamente vestidas y de bellos pajes, algunos de los cuales tañían mandolinas y cítaras, penetró en la plazoleta una hermosísima señora, ataviada con magnificencia, y, tomando asiento en el trono, otorgó permiso a sus damas para que ocupasen los asientos que lo rodeaban.

Después, habiendo ordenado a uno de los pajeos condujera ante su presencia a aquella niña, preguntó a la asombrada chiquilla:

—¿Quién eres?

—Elenita.

—¿Tienes padres? ¿Tienes hermanitos?

—Tengo mamá, y un hermano y una hermana.

—¿Mayores que tú?

—Más pequeños—repuso Elenita, inquieta ya ante aquel interrogatorio.

—¿Y los quieres? ¿Eres buena?

—Sí, señora—afirmó con voz menos firme de lo que hubiera deseado.

—¿Crees que me engañas? Te conozco muy bien—contestóla, indignada, la dama—. Que eres buena..., que quieres a tu madre y a tus hermanos. Si esto fuera exacto, no serías mala. ¡Que vengan sus acusadores!

Al instante, Elenita vió, atónita, dete-

nerse ante la plazoleta un cochecillo tirado por cabritas, y que de él descendían sus hermanos y sus amigas, seguidos del perro, que llevaba sobre el lomo el canario, y el gato, que conducía del mismo modo al loro.

—Soy el hada Justicia—dijo solemnemente la señora a los recién llegados—. Hablad por orden de edades y contadme cuanto sepáis de esa niña.

Inmediatamente empezaron a referir

todas las travesuras de Elenita, los malos tratos de que les hacía víctimas; su obstinación, que era insensible a reprensiones y castigos; su mal comportamiento con la servidumbre y con los niños pobres; los sufrimientos de su buena madre por su proceder.

Elenita temblaba de rabia, vergüenza y temor, como arbolillo sacudido por el vendaval.

Cuando los niños y los animalitos ter-

minaron su larga relación, sentenció el hada:

—Tratad a Elenita como de ella fuisteis tratados tantas veces.

No se hicieron repetir la orden las amigas, el perro, el gato y el loro; pero sus hermanitos y el canario demandaron clemencia para la culpable.

El hada mostrábase sorda a sus ruegos mientras Elena era golpeada, arañada y mordida sin piedad. Le tiraban del cabello, rasgaban su vestidito y cegábanla arrojando a su rostro arena y briznas de yerba.

—¡Ya no más, ya no más!—gemía la castigada—; seré buena.

Al fin, el hada extendió la mano ordenando cesase la dura corrección.

Alegróse la niña al verse libre de los que fueron sus víctimas y eran entonces sus verdugos. Mas poco duró su gozo, porque, conduciendo unas parihuelas, adelantáronse hasta el trono cuatro pajes. En ellas, sobre lecho de raso, yacía una dama, inmóvil, con las manos entrelazadas sobre el pecho. Tupido velo cubría su rostro.

—Descubre su cara—ordenó el hada con tono breve y enérgico a Elena.

Hízolo la niña, y quedóse muda de estupor. Era su madre, y parecía sumida en profundo sueño.

La llamó dulcemente y, no obteniendo respuesta, besóla, arrepentida. Tambalearse a impulsos de terror profundo. Su frente estaba fría cual el mármol. Su buena mamá había muerto, sin duda.

Interrogó al hada con mirada suplicante, y ella le dijo:

—Sí, está muerta; ha muerto de pena por culpa tuya, porque no la querías y la hiciste sufrir mucho. Tú la has asesinado por ser discol, cruel...

Pero Elenita no la escuchaba. Habíase arrojado sobre el cuerpo yerto, y lloraba a gritos, desesperada, cubriéndole de besos.

—Mamá, mi pobre mamita—gemía con desgarrador acento—; mamá, mamita del alma...

—¿Qué tienes, hija; qué te pasa, por qué lloras?

Elenita se encontró en los cariñosos brazos de su madre, incorporada en su camita, que su llanto amarguísimo había regado.

Todo fué un sueño.

—¡Ay, mamá!—murmuró, abrazándola, cuando se hubo tranquilizado un poco—. ¿Luego lo he soñado? ¿No te has muerto? ¡Qué alegría, madrecita del alma! Mira, deja que te cuente...

Y refirió a la excelente señora su terrible pesadilla, concluyendo por pedirle perdón y ofrecerle ser desde entonces muy buena.

Y lo fué, en efecto. Al principio le costaba un poquitín de trabajo; pero ya no eran precisas represiones ni castigos para que hiciera lo que debía: bastaba con que le recordasen su amargo pero bienhechor sueño de aquella noche memorable.

María BERTA QUINTERO

Dibujos de Agustín.



NUEVAS INVESTIGACIONES LITERARIAS

Relaciones entre Quevedo y D. Francisco Manuel de Melo

(CONTINUACIÓN)

II

De que las relaciones entre ambos, a lo menos las personales, debieron de ser, desgraciadamente, cortas, tenemos indicios en la propia vida agitada de don Francisco Manuel. Sigámosle las huellas desde que conoce a Quevedo hasta que éste es encerrado en San Marcos de León. A los tres días de dirigirse su primera carta, o sea a 7 de octubre de 1636, parte para Cádiz, embarcando en el *San Francisco* con ocho criados. En 18 de diciembre le envían a Málaga en socorro del conde de Linhares. Allí compone su segunda carta a Quevedo, escrita en tercetos. A 20 de enero de 1637 recibe licencia para pasar a Madrid. Vémosle en la corte el día del Corpus. En agosto reside en Lisboa. En septiembre se halla otra vez a orillas del Manzanares. En seguida le encierran en el castillo de San Jorge, y le remiten luego a Ebro en compañía del conde de Linhares, para apaciguar al pueblo revoltoso. A fines de año retorna a Madrid, pasando por Villaviciosa, con objeto de informar al Conde-Duque del éxito de su misión. En estas tres estancias en la corte ha podido entrevistarse con Quevedo. Ni de uno ni de otro se tienen apenas noticias en el año entrante de 1638, a no ser las de que en abril publica Melo su *Política militar*, probablemente corregida por su amigo, a quien tal vez por este tiempo entregara su soneto:

Con viva admiración, con fe segura...

inspirado a raíz de haber leído el precioso opúsculo de nuestro poeta *La cuna y la sepultura*. Hacia noviembre vuelven a aprisionarle en Lisboa. Después adquiere casas en la Ribeira. En diciembre levanta un tercio para Flandes. Difícilmente ha podido conversar en este año con nuestro don Francisco. Mucho menos en el inmediato de 1639. En sus primeros meses conduce sus tropas a La Coruña. En junio asiste a la defensa de la ciudad contra el ejército francés del arzobispo de Burdeos. En agosto le encierran del embarque de los tercios destinados a Flandes en el ejército de Oquendo. A 11 de septiembre llega al canal de Inglaterra. A 21 de octubre se rinde la batalla de las Dumas. En diciembre se encuentra en Bergues y Hondchoote. En 7 del mismo mes había sido aprisionado Quevedo, a las diez y media de la noche, y salía para San Marcos de León, cuyo encierro duró hasta primeros de junio de 1643, sin que apenas se le permitiera comercio con los humanos. Decretada la soltura del reo y vuelto éste a Madrid, ha mucho tiempo que estaba perdido Portugal, y dos años, cuando menos, que don Francisco Manuel había seguido la causa separatista. Tan pocas veces, pues, pudieron comunicarse personalmente, en el transcurso de tres años, los dos escritores. A partir de la vuelta de San Marcos, no hay que pensar ni en que se cartearan siquiera, entablada la guerra contra el país luso y sirviendo de capitán de corazas en aquella campaña un sobrino de Quevedo, don Juan de Alderete y Villegas, hijo mayor de su hermana doña Margarita. Unese a esto el odio profundo que el gran satírico sentía por el duque de Braganza, a quien atacó terriblemente, desenmascarándole, en su tratado *Deselfrase el alevoso manifesto con que previno el levantamiento del duque de*

Berganza, con el reino de Portugal, don Agustín Manuel de Vasconcellos, escrito en su prisión de San Marcos en 1641. Significativo en alto grado es este opúsculo, que corrobora cuantas afirmaciones hemos sustentado, pues aquí se halla una alusión de nuestro satírico a Melo, ciertamente nada lisonjera para él, por cuanto reprochándole al expresado don Agustín Manuel de Vasconcellos (*) que escriba que Felipe II no tuvo otro texto que en derecho le favoreciera a la sucesión de Portugal sino la violencia de las tropas, y que no cumplió nada de lo que ofreció al rey cardenal para la casa de Braganza, ni nada de lo que juró y capituló con el reino, añade: «Esto dice con la desvergüenza que se verá en sus cláusulas, un año después del levantamiento de Ebro y uno antes de la traición del duque, tiempo en que debió de ser sospechoso, siquiera para examinarle con cuidado; libro de portugués, y con este título; y más habiendo precedido el del maestro Francisco Home de Abreu, en defensa del duque de Berganza, a quien degolló el rey don Juan II, dirigido a don Francisco de Mello, descendiente de aquella casa, impreso en Salamanca año de 1628. Si disculpas a aquél para animar a éste a la misma culpa, de hoy es el juicio; mas sea de otros» (**).

Sigamos ahora los pasos a Melo, mientras el autor de los *Grandes anales de quince días* yace sumido en los calabozos de San Marcos. A fines de 1639 encargan a D. Francisco Manuel de una misión en Alemania, que no tiene efecto. En 1640 vuelve a Madrid y recibe el premio de sus servicios. Mándanle que asista a la Junta que se establece en Victoria para dirigir la guerra de Francia. Escribe por entonces el *Conflicto de Canal*, y por fin es nombrado ayudante del marqués de los Vélez en la campaña de Cataluña. A 8 de octubre parte de Zaragoza, y en 7 de diciembre sale de Tortosa con el ejército camino de Barcelona. Días después sobreviene la capitulación de Cambrils combinada por él.

Ya hemos hablado de su vida desde la rendición de Tarragona hasta que en julio de 1641 negocia el tratado entre Inglaterra y Portugal, pasado ahora al bando separatista. Pronto le llaman a Holanda para que prepare un ejército de socorro destinado a Portugal, cuya dirección se le confía en 13 de agosto. Embarcase con rumbo a Lisboa, y llega en 10 de septiembre al Tago. A 5 de noviembre ordenanle hacer una lista de los soldados de Flandes y Cataluña para que sirvan en la guerra. Y, por último, doble siempre en su conducta, infunde sospechas acerca de su lealtad (**).

(*) La posterior conducta de este portugués le absuelve del expresado escrito, del que sin duda se arrepintió, intitulado *Sucessión del señor rey don Felipe segundo por la corona de Portugal*, impreso en Madrid en 1839. Mezclado en una conjuración para matar al duque de Braganza, recién coronado rey, incendiar a Lisboa y restituirla a Felipe IV, fué decapitado con otros próceres en el Rocio de Feysa (plaza Mayor lisbonense) el 29 de agosto de este propio año de 1671.

(**) Refiérese a la conocida sentencia del *Ho die est idicium mundi, et princeps tenebrarum ejicietur foras*.

(***) Rebate Edgardo Prestage la opinión de Cánovas del Castillo y otros historiadores, de que Melo conspiró a favor del duque de Braganza mucho antes de que ocurriera el alzamiento portugués de 1640, o de que se declaró partidario suyo cuando lo vio triunfante; y tras relatar los

El resto de su vida hasta que muere Quevedo en 8 de septiembre de 1645, así como los incidentes de su proceso por asesinato y su larga reclusión en el Brasil, no ofrecen interés para nuestro propósito.

Prueba definitiva de que Melo no se correspondió con nuestro don Francisco desde su encierro en San Marcos hasta su muerte, es que ni aun conoce las causas de su prisión. Nadie ignoraba que éstas obedecieron al célebre Memorial que empieza:

Católica, sacra, real majestad...

hallado por Felipe IV una mañana de primeros de diciembre de 1639 debajo de su servilleta. Pues Melo, al escribir en septiembre de 1657 su elegante apólogo dialogal *El Hospital de las letras*, en que son interlocutores Quevedo, Justo Lipsio, Trajano Boccalino y él, forja un cuento trocando tiempos, sucesos y personas, acerca de las últimas prisiones del Luciano español, tras hacer mofa del modo clásico con que a su fallecimiento hubo de coleccionar sus obras poéticas, dividiéndolas en musas, el concienzudo humanista don Josepe Antonio González de Salas. Merece transcribirse íntegro este pasaje que pone en labios de nuestro poeta:

«Quevedo: Foy desta maneyra. Aquelle negro Senhorio da minha Torre, ou Villa de Joaon Abbade, tantas vezes fora de tempo nomeado nos meus livros (*), he vezinho das terras do Duque de Medina Coeli, por cuja vezinhança, se conseguiu entre nós huma boa amizade, tanto pela cortezia do Duque, como por ser meu costume seguir muyto aos grandes senhores, ao que aludio aquella Tapada, que em Madrid me disse huma vez: Vm., Senhor Dom Francisco, comesse de Senhores, como de piolhos; obríandome a que lhe respondesse taon celebrada reposta: Vm., Senhora minha, que sabe de todos, digame quaes picaon mais? Finalmente como succedesse vir o Duque meu amigo, et vezinho, à Corte algumas vezes, sohia en acompanhalo; entre outras, aconteeço, que ajuntandose muytos Senhores mancebos em vizita, et vendome alli ociozo, fizeraon connigo, que em a propia caza do Duque, aonde se pouzaba, lhes lesse Academiamente (pela maneyra, que em Italia se usa) huma lição de Política, assim o fuy continuando, até que dando o tempo lugar (et dando perigo), chegamos a disputar duos pontos, pelos quaes me rompi, como meya: o primeyro, se convinha, que os Monarcas tixessem valido, au naon?

esfuerzos que hizo Melo para seguir sirviendo a Felipe IV, añade: «Don Francisco, como portugués, pariente y amigo del duque de Braganza, era forzosamente y con toda razón, sospechoso, y no podía ya servir los designios de Olivares cuando el duque se había quitado la careta, proclamándose rey de Portugal; la revolución de 1 de diciembre había mermado mucho su utilidad, y por lo mismo, la influencia del escritor ante los ojos de la corte de Madrid.» Jacinto Octavio Picón sigue la misma creencia en su prólogo a la obra arriba citada, de que Melo no se resolvió a servir al Braganza sino después de vejado y perseguido en Castilla. Nuestra opinión es terminante en este punto. A despecho de los documentos en que don Francisco Manuel intenta justificar su conducta—en tanto se halla indecisa la suerte de Portugal—, no es posible borrar el tono jactancioso con que alardea en todos sus escritos de haber sido uno de los primeros separatistas. Y en cuanto a que defendió la causa castellana, siendo el *factotum* del marqués de los Vélez en los comienzos de la guerra de Cataluña, quinquiera que haya leído su *Historia de los movimientos* no le tendrá a buen seguro por amigo de Castilla. Melo fué cauto, y no la sirvió sino mientras le convino. Desarrebozado el duque de Braganza, desarrebozose a su vez. Era portugués, de estirpe real, y no podía ser castellano. Fué bien que se le tuviera por sospechoso, como a otros muchos de igual cuerda, con que se evitaron mayores males. Hable por todos el duque de Medinaceli.

(*) ¿Por qué nombrado a destiempo en sus libros?

De que seguí a parte negativa, perzudo de Divinos, et humanos exemplos: o segundo, se se podia dar caso, em que o Principe por ruim governo houvesse de ser deposto? Donde affirmey a parte affirmativa, torçado do capitulo Giandi de direyto. Estas oppinioens viciadas da malicioza interpretação, foraon logo condemnadas por impias, et en por ellas prezo, opprimido, et desterrado, como Hespanha, et Europa soube, até que entrando na Prezidencia de Castella Don Joaon de Chaves meu amigo, et condiscipulo (*), me alcançon à liberdade: tal foy o successo, et motivo da minha desgraça, au ella delle.

Luis ASTRANA MARIN

(Continuará)

(*) Todo esto es, asimismo, una fábula, ni quién había de acordarse de D. Juan Chaves. Fué D. Juan de Chumaceiro y Sotomayor, amigo mas no condiscipulo, de Quevedo.

LECTURAS

El carro de asalto se titula la nueva novela de Adolfo Reyes, que viene a confirmar su personalidad literaria, ya bien acusada en otras producciones del notable escritor malagueño.

A la inventiva y el interés de la narración, se une ahora con mayor intensidad el estudio psicológico del protagonista, cuyo proceso interno describe y comenta con sagaz penetración y depurado estilo la pluma, siempre ágil y castiza, de Adolfo Reyes.

Pesimismo sin hiel, emoción tranquila, pluma intelectual; esto es, en suma, *El carro de asalto*.

x

Rafael López de Haro brinda a su público, tan numeroso como apasionado de este personalísimo escritor, una nueva novela, *El triunfo de la sangre*, en que, como en todas las suyas, palpitan el vigoroso temperamento y la fibra creadora que le han valido resonantes triunfos.

x

La Editorial «Mundo Latino» ha publicado una nueva obra de Mayne Reid, *En la pradera americana*, tan sugestiva y tan amena como todas las del famoso autor.

x

Nuestro distinguidísimo colaborador N. Nasín, continuando su incansable labor de aportamiento de obras típicas de la literatura rusa al deleite del público español, acaba de ofrecer a éste una traducción concienzuda de la novela del conde Alejo Tolstoy, *El príncipe Serbriany*, en que corre parejas lo pintoresco con lo emocional.

EDITORIAL MUNDO LATINO

El día 26 de Junio saldrá a la venta
Un Hombre Extraño

Novela inédita de 350 páginas, por
EL CABALLERO AUDAZ
PRECIO: 5 PESETAS

El interés excepcional, la amenidad y la emoción
quintaesenciadas, que este maestro de la novela
— contemporánea obtuvo últimamente con su —

HOMBRE DE AMOR

se completan en

Un Hombre Extraño

exquisita novela que obtendrá un éxito sin precedentes

PEDIDOS:

Por mayor: Mundo Latino, Apartado 502
Por menor: Librería Vagües, Caballero
de Gracia, 28

NUESTROS CENTROS DE PRODUCCIÓN

"La España Industrial,, de Sans (Barcelona) honra la industria española

Prometíamos en nuestro suplemento del domingo último seguir ocupándonos en planas sucesivas de la importantísima manufactura española «La España Industrial», y henos aquí dispuestos a cumplir nuestras promesas, seguros de ser bien atendidos por nuestros lectores, que, aunque somera, habrán formado una idea del negocio objeto de estas páginas.

Al llegar al edificio social que en el número 92 de la calle de San Pablo posee la Sociedad anónima que con tanto acierto dirige y dirige el inteligentísimo conde de Santa María de Sans, actual director gerente, una sensación de bienestar invade el ánimo del visitante. Sensación que se acentúa cuando, amablemente recibidos por el Excmo. Sr. D. Matías Muntadas y Rovira, pasamos a un despacho cuya suntuosidad corre parejas con la grandiosidad de la industria.

Y, charlando, pudimos comprobar, no sólo que el negocio se desenvuelve con creciente éxito, sino que con personas de las iniciativas del Sr. Muntadas y Rovira puede irse muy lejos.

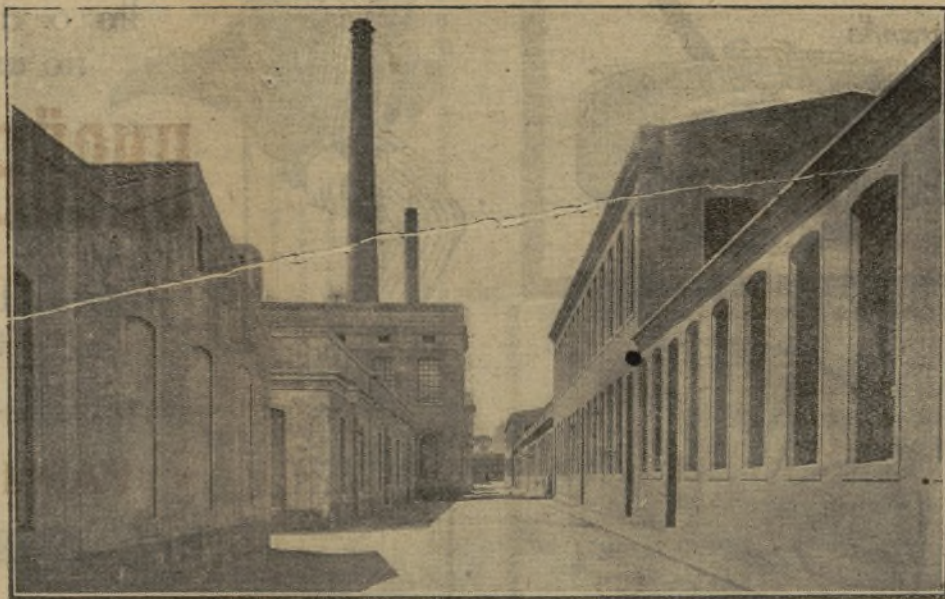
Con su peculiar amenidad, nos explicó cómo fué fundada la Sociedad y cómo se engrandeció rápidamente, refiriéndonos, entre otras cosas, que la escritura fué firmada en Madrid, radicando el domicilio social en la ciudad condal desde el año 1851, donde se elevan, majestuosos, sus magníficos edificios: la fábrica de Sans, cuya extensión resulta verdaderamente extraordinaria, y las oficinas, enclavadas en la calle de San Pablo, número 92, cuyo acceso se obtenía antiguamente por la calle de la Riereta, número 30.

Durante nuestra visita a las distintas dependencias que integran las oficinas y almacenes, pudimos también apreciar que la organización de esta Casa es tan perfecta, que puede competir con las más famosas del Norte América, siendo dignas de especial mención la diligencia y seriedad con que se desenvuelve perennemente el numeroso personal que allí trabaja.

Pero si mucha es la admiración que causa la organización y diligencia que preside todos los actos administrativos que se solventan en la calle de San Pablo, mayor es aún la que se experimenta al llegar al establecimiento fabril de Sans, donde los obreros se multiplican al cre-

pitar ensordecedor de la maquinaria, todo modernismo, todo progreso, todo grandiosidad. Y por un momento quedamos como aturridos, haciéndose poco menos que imperceptible la venerable voz del ilustre prócer, que nos invitaba a seguir avanzando.

Recorrimos sus diversas secciones, entre las que aún recordamos, maravillados, la de botones, hilados, blanqueo, tintes, estampado y tejidos, perfectamente instaladas en amplísimas naves, repletas de luz y aire.



Una de las calles del interior de la fábrica

De cuando en cuando, el Sr. Muntadas nos refería la manera de funcionar de alguna máquina, que, por su manera original de producir, despertaba en nosotros la curiosidad.

Sabido como es que «La España Industrial» viene consagrándose desde su fundación a la fabricación de hilados y tejidos de algodón, blanqueo, tintes, estampados, aprestos, panas y telas para encuadernaciones, resulta ocioso decir que cuenta con una sección dedicada única y exclusivamente a la selección de las primeras materias. No obstante, y por la manera especial de desenvolverse, merece citarse, siquiera sea por la escrupulosidad que la caracteriza, y que ha contribuido poderosamente al favor que los consumidores la dispensan.

Para dar una sucinta idea de la importancia de esta fábrica, queremos consignar que sus unidades de producción en el ramo textil son 30.000 husos y 1.000 telares. En la sección de estampados hay instaladas diez máquinas, que en su gran variedad de dibujos pueden incluir hasta diez colores.

La maquinaria es accionada en la actualidad por 60 electromotores, que desarrollan una fuerza motriz superior a 1.700 caballos.

Produce anualmente la friolera de

nos mostraron como especialidades exentas de competencias:

Artísticos y originalísimos estampados de última novedad, propios para vestidos; cretones, indianas, percales, rasos, tejidos labrados, batistas, franelas, pañetes, entre los que descuella el incomparable «Pañete España», etc.

Panas lisas, labradas, estampadas, teñidas; bordones, veludillos, las célebres marcas «Pana Maguns» y «Pana Sans», ambas con patente y fabricadas para tapicería en anchos adecuados, como son de 70 a 130 centímetros, etc.

Para muebles y tapicerías, estampados multicolores en terciopelos, crepés, sargas, cretonas, otomán, reps y raso.

Satenes y molesquines, estampados y teñidos, para pantalones.

Pieles para corsés.

Otra de las especialidades elaboradas en la Casa que más resalta de todas sus similares, son las telas fabricadas expresamente para el ramo de encuadernación. Las hay lisas, estampadas, teñidas, etc.

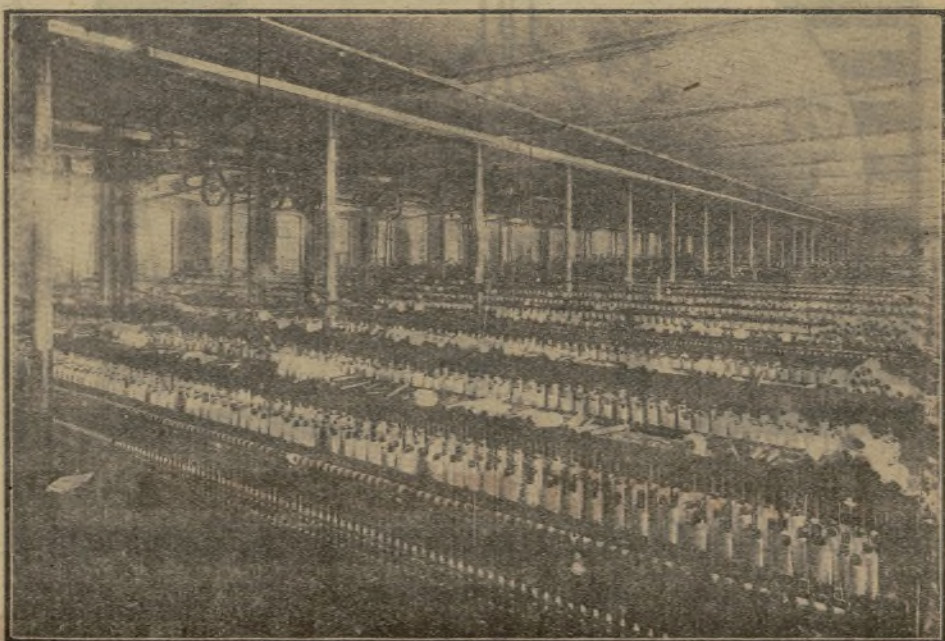
También se dedica, con gran acierto y fortuna, a la fabricación de cueros y pieles artificiales.

Como ya iniciábamos en nuestra información anterior, y es de suponer tratándose de Casas de tanta importancia, los productos de «La España Industrial» se exportan, tanto al último rincón de la Península como del Extranjero, pues su fama es universalmente conocida, siendo de gran consideración los envíos que se hacen a la América Latina, Norte de África, países de Levante, del Norte de Europa, Francia, etc.

Y como el espacio no nos permite ser más extensos, prometemos seguir ocupándonos de «La España Industrial» en nuestro próximo suplemento del domingo, donde, entre otros interesantes extremos relacionados con la popularísima manufactura catalana, daremos a conocer a nuestros lectores los numerosos premios y distinciones obtenidos en cuantas Exposiciones presentó sus productos, sin que por ello terminemos esta información sin dedicar una entusiasta felicitación al excelentísimo señor conde de Santa María de Sans, cuya afición y conocimientos artísticos se reflejan harto elocuentemente en su valiosa colección de cuadros y esculturas.



Vista de la sección de blanqueo



Vista de la sección de hilados



LOS PRODUCTOS
DE LA
FÁBRICA DE RELOJES
DE
C. COPPEL
MADRID-FUENCARRAL, 27
REUNEN LAS CUALIDADES DE
EXACTITUD, SOLIDEZ Y ELEGANCIA
*Certificado de garantía
con cada reloj*

De sobremesa, con motor fijo y con motor movible; universales, para mesa y pared; de techo, de muro, centrifugos, para minas, para aire húmedo, etcétera, etc.

grandes existencias para entrega inmediata

PIDANSE EN LA

Ibérica de Electricidad (S. A.)

Madrid.--Barcelona.--Bilbao.--Gijón.
Sevilla.--Valencia.--Zaragoza y en los principales establecimientos de venta de material eléctrico.



VENTILADORES



LOS MÁS PRÁCTICOS Y DE MAYOR DURACIÓN

Philips $\frac{1}{2}$ watt



La preferida mundialmente
Se vende en todos los Establecimientos de Electricidad

Al por mayor:

ADOLFO HIELSCHER, Socd. Anón. MATERIAL ELÉCTRICO
MADRID: Marqués de Cubas, 10. BARCELONA: Calle Mallorca, 198.

CALLOS

No se lamente usted de tener sus pies destrozados. No achaque a sus callos lo que sólo es obra de su incuria. El que tiene la cara sucia es porque no se lava. El que tiene callos, juanetes, ojos de gallo o durezas es porque no usa el patentado

UNGÜENTO MÁGICO

que en tres días los extirpa totalmente.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Vista parcial de la biblioteca del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =